



Rogelio Echavarría: la palabra errante

JORGE H. CADAVID

Trabajo fotográfico: Esteban Pinilla

Partir es sólo el destino
de quien no puede llegar;
llegar sólo es regresar
a donde empieza el camino.
Copla popular

El *transeúnte* (1948-1998), obra poética de Rogelio Echavarría (Santa Rosa de Osos, 1926), crece, se decanta, se transforma en continuas mutaciones para llegar en cada edición como un ser renovado —que no envejece— semejante y distinto a la vez. *El transeúnte* es un libro que ha ido evolucionando en sucesivas metamorfosis como un verdadero organismo viviente. Estas mutaciones no agreden a las esencias. El alma de este poemario transmigra pasando por varios estadios corporales, hasta ser purificada en un orden extratemporal, ya clásico. El fenómeno de reencarnación bien ilustraría el *proceso crítico* de esta transvasación literaria. Transfigurado, reconformado, vuelto a construir en siete ediciones, el libro de Rogelio Echavarría se viste de un ropaje al que nadie se atrevería a confundir con luz postiza: se trata del cambio requerido para seguir siendo idéntico a sí mismo.

Por eso, al preguntársele al poeta cuál de sus libros prefiere, ha respondido:

El próximo que no existe o que, a lo sumo, será una reedición corregida y disminuida de los anteriores. Porque estos son intentos fallidos, improvisados como la improvisada juventud... Soy, hasta donde me conozco, hombre de contradicciones y contrastes... Ahora, generalmente, ordeno los papeles en el hogar y desordeno los pensamientos en la calle¹.

Rogelio Echavarría se presenta en la lírica colombiana como un poeta original. Escribe, corrige, selecciona y amplía incansablemente durante casi cincuenta años el libro de su vida. Obra compacta y reflexiva que hace juego con la de Aurelio Arturo y Fernando Charry Lara. *El transeúnte*, *Morada al sur* y *Llama de amor viva* son “libros-obra” ejemplarmente breves, admirables en su parquedad. Libros que han ido creciendo pausadamente, contenidamente, como criaturas autónomas. Voluntad de construcción en estos tres poemarios y voluntad de silencio. Tríada que avanza no en extensión sino en profundidad, esa tarea vertical. Libros que se autoconstruyen pese a que desde el primer poema han nacido maduros.

La poesía de Rogelio Echavarría es la búsqueda sosegada de una imagen de nuestro tiempo, búsqueda de un ojo intuitivo que mira en torno a sí y se mira a sí

Página anterior:

Rogelio Echavarría a los diez años, el día de su primera comunión (Santa Rosa de Osos, 1936).

1. César Tiempo, “Entrevista con Rogelio Echavarría. El hondo poeta colombiano”, en *Mano de obra*, Buenos Aires, Editorial Corregidor, 1980, pág. 95.



Rogelio Echavarría (centro) con el pintor Ignacio Gómez Jaramillo y el poeta Jorge Gaitán Durán en el Café Automático, cuando se fundó la revista Mito (fotografía de Guillermo Pérez Sarmiento, de la U.P.).



Rogelio Echavarría cuando publicó *Edad sin tiempo* y se formó el grupo de Los Cuadernícolas (fotografía de Semana).

mismo en permanente y aguda reflexión. Es un ojo móvil que se observa al mirar. Esta travesía del ojo fue lúcidamente expuesta por don Antonio Machado: “El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve”.

De ahí que, al referirse a la *crítica* y la *inspiración* —dos ojos que definen al poeta de nuestro tiempo—, Echavarría declare:

No sé si estoy orientado o desorientado. Me parece que la crítica debe clarificar y clasificar lo ya escrito, no fijar pautas al creador en lo que éste, en su plena libertad, tiene que decir, por lo menos conscientemente.

La inspiración es un estímulo mental producido para mí por una vivencia. Y no creo que mis poemas nazcan en una forma diferente a como nacen los de todos los poetas. Apuntes, indicios, angustiada o delirante tarea de composición, desalentadora labor de autocrítica, casi siempre negativa, pero a veces indulgente hasta el punto de que guardo por años lo que escribo y, cuando lo publico —si lo encuentro— no es porque crea que ya está perfecto, sino porque me ha pasado la emoción de crearlo. Porque puedo ser indiferente ante su destino².

PREAMBULAR: EDAD SIN TIEMPO

Los cambios en el libro de Rogelio Echavarría nos enseñan un ejercicio de apropiación que empieza desde su génesis significativamente con un *preambular* compuesto por “Las elegías prematuras” de 1947. En este ciclo de metabolización que es *El transeúnte*, siete ediciones, siete mutaciones no concluyen sino hasta 1999. El poemario en cada una de ellas parece cambiar de dueño, cada edición es para el poeta un nuevo proceso de enunciación, una nueva relación interdiscursiva.

2. *Ibíd.*, pág. 96.



Con su novia Beatriz Rojas Ospina, en el Valle del Cauca, en 1952. Ese mismo año contrajeron matrimonio.



Rogelio Echavarría en la redacción de El Espectador en 1951.

El transeúnte es, en este sentido, una obra de arte del componer, un texto reposado, rumiado toda una vida. Es un documento de arqueología, una máquina de leer y escribir que hoy —en su versión definitiva (Editorial Norma, 1999)—, según palabras del propio autor, ya puede ser espiada por los lectores futuros.

Rogelio Echavarría permite que seamos intrusos de sus estrategias de montaje y nos sugiere que sigamos algunos procesos de su escritura. Sobre esta edición el mismo autor clarifica:

Los poemas que integran este libro, y que el autor considera como la versión definitiva de El transeúnte, conservan casi en su totalidad —y en cada una de las partes en que ahora fue dividido— el orden cronológico en que fueron escritos, incluso algunos que aparecen por primera vez, así:

Las elegías prematuras, del Pre-ambular, en 1947.

La primera parte, El transeúnte, entre 1948 y 1952 hasta el poema “Pequeño nocturno”, y de 1972 a 1998 desde el poema “Lugar común”.

La segunda parte, Declaración de amor, entre 1948 y 1993.

La tercera parte, Muerte reiterada, de 1950 a 1993³.

Rogelio Echavarría encuentra rápidamente su voz poética, personal y distinguible dentro de la generación de Mito. *Edad sin tiempo* (Bogotá, Ediciones Teoría, 1948)

3. Rogelio Echavarría, *El transeúnte*, Bogotá, Editorial Norma, 1999, pág. 10.



Con la cantante y actriz de cine Sarita Montiel en su primera visita a Bogotá, en los talleres de El Espectador, diario del cual Rogelio era jefe de redacción.



Rogelio (izquierda) con sus colegas periodistas Álvaro Monroy Caicedo y Darío Montoya en San Pedro, en Roma (1960).

es su primer libro, escrito entre 1941 y 1947. El poemario aparece dividido en tres partes: “Canciones de adolescencia”, “Edad sin tiempo” y “Las elegías prematuras”. El poeta presiente que la palabra estaba allí aún muda y grávida. Son textos de *adolescencia* y, por tanto, *prematuros*. Pero en una obra breve y compacta como la de Echavarría estos dieciséis escritos son definitivamente significativos. En una poética así de concentrada no es extraño encontrar los temas e imágenes que se repetirán insistentemente a través de todo el deambular escritural del autor.

Borges afirma que “los versos son felices por ser ambiguos”. Esta deseada “ambigüedad” tiene su punto más intenso en la poesía de Echavarría en las relaciones entre: *soledad/amor, intimismo/ciudad, erotismo/muerte, silencio/palabra*.

Aunque los poemas de *Edad sin tiempo* son claramente de búsqueda, ya contienen esos emblemas que definirán más adelante su estilo y su obra. De este primer poemario sólo subsisten en la última versión de *El transeúnte* los cuatro poemas que conforman “Las elegías prematuras”. Sin embargo, un soneto como *Edad sin tiempo* ya prefigura el tono urbano, ese vagar de cartógrafo mayor por la geografía de una metrópoli imaginada:

*La edad del tiempo nadie la conoce
y sin embargo el tiempo su edad tiene.
Cesa la eternidad en cada doce
golpes de las campanas en las sienes.*



Con su esposa Beatriz Rojas y el director de El Tiempo, don Roberto García-Peña, en una fiesta del C.P.B. en el Hotel Tequendama.



Rogelio Echavarría con Ernesto Sábat (al fondo, Pedro Gómez Valderrama y el maestro Germán Arciniegas y señora) durante un almuerzo ofrecido al escritor argentino por Gloria Zea.

*Todas las cosas húndense a su roce,
menos el corazón que Dios sostiene.
La soledad avanza el alto goce
de devanar lo que en las horas viene.*

*Intemporal como una voz grabada;
salina estatua que el recuerdo erige
mirando a la ciudad abandonada,*

*el alma adolescente se dirige
al espejo sin luces de la nada.
Edad en que hasta el gozo nos aflige.*

En este parvo libro —por lo pequeño y prematuro— la poesía es disparada a la búsqueda de una realidad situada más allá de lo inmediato, poesía como instrumento de conocimiento y como máquina de canto. Cabe anotar que con este mínimo cuaderno de versos Rogelio Echavarría fue inscrito en la generación de los cuaternícolas. Señalemos los rasgos que deberían tenerse en cuenta en la lectura de este expediente verbal:

1. Un tono neorromántico cercano a Piedra y Cielo, en el que es legible la huella de Neruda y la seductora modulación de Aurelio Arturo. Recordemos el “¡Amiga, no te mueras!” que sirve de epígrafe a “Las elegías prematuras”.
2. Ciertos ecos modernistas que invitan a un interiorismo puro, propio del clima de los años cuarenta. Observemos solamente los títulos que a su vez se convierten en motivos de ese periodo: *Sensibilidad, Confidencia, Presencia, Invitación a morir*. Sendos epígrafes de *Canciones de adolescencia* y de *Edad sin tiempo* son de Barba Jacob, y rezan: “¡Oh juventud, y el corazón, y Ella!” y “Yo veía el crepúsculo y creía que ése era el crepúsculo”.
3. Preocupación por el lenguaje, la poesía entendida como escritura (canto y cuento), como texto en el papel. Poesía como búsqueda de elementos para un nuevo idioma:

[...]
*Cuando te escribo me desnudo
de todo lo terreno
y entonces, ya lejos del mundo,
te poseo en silencio.
[Cuando te escribo...]*

4. Una profunda orientación filosófica, de pregunta por lo que nos sostiene, emerge ya en algunas de estas páginas. El tono *autobiográfico* alcanza en la interioridad misma ese fondo sin fondo de la nada que le permite volver a la realidad de otro mundo que él construye, como un mundo paralelo, en su poesía. El *sencillismo* de Echavarría aparece preludiado en el poema *Presencia*, quizá uno de los más logrados de esta serie de adolescencia:

*Vengo desde la ausencia, donde todo es oscuro,
y con tus luces buenas alumbrarme procuro.*

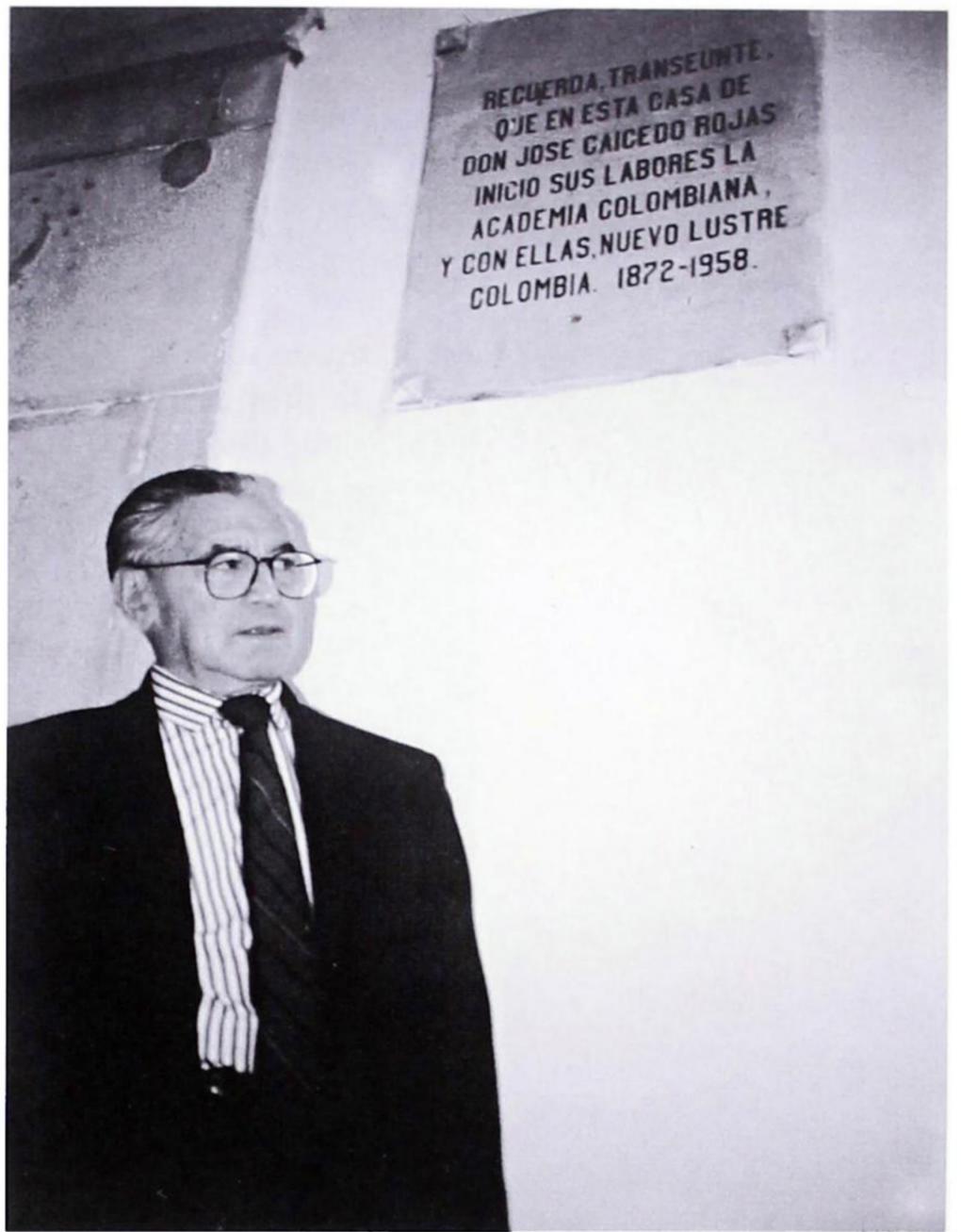
*Mis sandalias quedaron al umbral de tu puerta,
límite a la penumbra donde aguardas despierta.
[...]*

Desde este *Pre-ambular*, el autor ya sabía que su “oficio de vivir” y su “oficio de poeta” iban de la mano. En este sentido Echavarría no se ha considerado nunca un “profesional” de la escritura:

*Empecé a escribir poesía en la niñez cuando sentí por primera vez el
peso de la soledad, de la orfandad... y cuando tuve los medios*



Con José Manuel Arango.



Rogelio ante una placa que, curiosamente, dice: "Recuerda, transeúnte..." (fotografía de Alejandro Echavarría).

elementales para hacerlo, proporcionados por la lectura de los versos que aparecían en los textos escolares. Ahora escribo muy de vez en cuando, pues no soy "poeta profesional". No concibo cómo se puede ser "poeta de tiempo completo". La poesía es algo mucho más importante. Mis poemas son el resultado de instantes, unas veces enlazados con arduo trabajo, otras dejados espontáneamente a su propia inmadurez...⁴

DEAMBULAR

El transeúnte inicia a sus lectores en una teoría de la lectura: el libro como antología. Poemario proliferante en variaciones, cada texto ha pasado el filtro, el registro del antologista. *El transeúnte* (1948-1998) que hoy llega a nuestras manos es esa "antología de antologías". Los pocos poemas que lo componen han sobrevivido al tamiz del crítico literario que es Rogelio Echavarría. Son, por tanto, textos reposados, decantados, en los que la verdadera creación está por debajo, como en la clásica figura de iceberg.

La preocupación obsesiva de Rogelio Echavarría por el orden y la exclusión no alude a la presentación de los materiales, ni tampoco al orden del discurso, sino a los órdenes de lo real más allá de las percepciones. El orden de lectura es aquí un orden de conocimiento.

4. Rosa Jaramillo, *Oficio de poeta*, Bogotá, Universidad de San Buenaventura, 1978, pág. 103.

La labor de antologista se une a la de periodista. Prueba de ello son: *Versos memorables* (1989 y 1998); *Lira de amor* (1990); *Los mejores versos a la madre* (1992); *Selecciones de sucesos: Crónicas de otras muertes y otras vidas* y *El asesinato de Gaitán* (1993 y 1998); *Mil y una notas* (1995); *Antología de la poesía colombiana, siglo XX* (1996 y 1997); *Antología de la poesía colombiana, siglos XVII a XX* (1997 y 1998); *Quién es quién en la poesía colombiana* (1998).

La figura de un transeúnte o paseante recorre ahora cada texto del libro. Asistimos a la propuesta de un orden en el deambular por las páginas. Este “lector ideal” sigue discutiendo las articulaciones de esa armazón, es decir, su división en tres partes reales: *pre-ambular*, *deambular* y *muerte*. No es extraño que esta última antología se cierre con un epitafio:

EPITAFIO

*Al fin voy a dormir
despacio
y solo.*

La reflexión sobre un orden de lectura se relaciona también con la “poética del lector”. Echavarría duda del apocalíptico “juicio final” de cualquier antología, a las que simplemente considera un punto de vista ideológico; cree que está en manos del lector actualizar dicho texto, en el que cada poema es un “paisaje musical intercambiable” en el tiempo.

En la epistemología de *El transeúnte* es el lector quien deambula y quien finalmente traza el mapa del paseante. Más al fondo aparece el dibujo —metáfora— de la gran urbe. El mapa que va dibujando este transeúnte sin darse cuenta es el de una ciudad imaginaria, delineada en las fronteras del sueño. Sus itinerarios y límites están claros: *infancia*, *tránsito*, *amor* y *muerte*.

[...]

*Todos nacemos ciegos y morimos sin saber qué es la luz
aunque juremos que ha quemado nuestras manos.
En las horas de un solo día cabe la historia del mundo.
Cada noche es la última. Cada mañana Dios habla de estreno.
El hombre, que avanza cayendo desde Adán hasta mí,
aún no se incorpora para decir: ¡he llegado!
[Infancia]*

“Desde donde nunca he estado vuelvo a donde nunca he ido”, parece decirse el poeta. Éste es el viaje virtual propuesto por Rogelio Echavarría. La poesía mueve al poeta hacia lo desconocido. El soñador percibe en su deambular dimensiones suplementarias de profundidad y elevación (despertar vertical de la conciencia). El viaje es “hacia sí mismo”. Viaje original porque va hacia el origen mismo. Cuando un escritor como Echavarría piensa, su espíritu viaja lejos. Es la imagen poética como revelación.

DE MI DIARIO

*Otro día perdido...
¡y la eternidad, intacta!*⁵

El transeúnte coincide con la más auténtica sustancia de todo poetizar, que es siempre *camino* y *búsqueda*. Su recorrido es “a partir de cero”, intentando converger el

5. Una variación de este mismo poema, titulada *Crepuscular*, aparecería en la edición de Norma (1999): *Otro día perdido / ...y la eternidad, impasible* (pág. 66).



Una de las fotografías más recientes de Rogelio Echavarría, tomada por Viki Ospina (cortesía de la Biblioteca Nacional de Colombia).

universo hacia su yo. Sin embargo, éste no es sino un primer movimiento en el proceso de religamiento. A él sigue una proyección —o viaje— que llamaríamos centrífuga hacia las cosas y los seres. Una tentativa de autocomprensión mediatizada a través de lo que está más allá de sí mismo.

[...]

*Debemos mirar a cada hombre y llamarlo y tomarlo
de la mano y preguntarle de dónde viene, desde cuándo,
nunca hasta dónde va, porque lo mismo
sabe que yo, que tú, que nadie.*

*O si lo sabe es un loco como aquel
que creía que lo sabía.*

*O si canta viendo que los gusanos lo esperan
entre su cuerpo, dejadlo...
dejadlo que siga cantando, porque está ebrio.*

[...]

[Tránsito]

La poesía de Rogelio Echavarría se ubica en un campo que excede lo estético: aventura de conocimiento, buceo ontológico en lo real, indagación psicológica, preocupación hondamente humana. Se apoya en la palabra como vehículo indispensable, concediendo apenas valor a los halagos de su propia seducción (más bien, a menudo, eludiéndolos) y sólo entrando a veces al ritmo de la frase que parece acompañar el ritmo interior.

[...]

*El poeta comienza
solo con Dios
que le dice levántate*



En el paraninfo de la Universidad de Antioquia, durante el homenaje que en 1983 le ofreció a Rogelio Echavarría (centro) la Universidad de Antioquia. De izquierda a derecha, el rector Darío Valencia Restrepo; Luz Elena Zabala, directora de extensión cultural; Beatriz Rojas de Echavarría y el poeta Darío Jaramillo Agudelo, quien hizo la presentación.

*y anda,
pero él sigue tan muerto,
desangrando por la costura
descosida del alma.
Un silencio sonoro
de cántaro roto.
Las palomas de los aplausos
huyen en bandada
silenciosa.
[Andante]*

Instalado en un temple anímico que elimina toda emoción incontrolada, Rogelio Echavarría se propone ignorar los esquemas de ideas que habitualmente modelan nuestra visión de la realidad. Comunica llanamente, sin alarde expresivo alguno, sin intención de asombrar o deslumbrar, lo que es para él asombro y deslumbramiento; permanece en su enfrentamiento consigo mismo y con el mundo. De esas hondas intuiciones —simplemente comunicadas— queda apenas el sugerir, apuntar, preguntar. Cada poema suyo es una punzada sobre la realidad, relámpagos, signos delatadores de una más vasta realidad.

*INDICIO
No recuerdo mi sueño.
Pero cruel fue sin duda
pues hay sangre en mi pecho.*

Sin embargo, Echavarría confía con toda evidencia en las potencias del hombre para entablar un diálogo a fondo con el ser. Parece conceder a la imaginación poética el sentido activo y profundo de un verdadero instrumento de revelación. La imaginación no como simple correlato de lo sensorial, sino como actividad que al deformar y combinar los datos de la percepción descubre otras formas de realidad, tocando así su sustrato más hondo y menos accesible a la captación habitual. Inventar para el poeta sería, pues, descubrir otra parcela de lo real:

LA GOTA

No me hace feliz ser una gota en el mar.

Me hace feliz ser el mar

(sin saber cuál de tantas gotas soy)

El discurrir en las páginas de Rogelio Echavarría se equipara a un *deambular* que, como tal, se repite incesantemente. Su obra breve no está dominada por el vértigo de la originalidad: es más, es una obra que aparenta no evolucionar. El poema aquí intenta transitar sobre la poesía misma, esto es, sobre el poder de la imaginación.

EFÍMERO

Este insecto sonriente

no sabe que hay un día

y una noche siguiente.

Era todo y es nada

en la misma jornada.

[...]

La poesía de Echavarría empieza por ver, no por lo visto. Es la pasión de la mirada por ser lo que ve, o lo que vislumbra. Es la concentración de todo ver que, por ello mismo, se convierte en visión. Es, por tanto, una forma de la invención: “Todas las cosas simultáneamente / morirán cuando cierres los ojos”.

Es, además, un modo de conocimiento interior, de autocontemplación. La mirada se convierte en figuración y prefiguración. Supone no sólo la mirada del testigo —transeúnte— sino también una focalización dialéctica entre ese testigo y lo atestiguado, entre el yo desdoblado y el universo. El poeta árabe Hallaj lo expresó así: “El ojo con el que tú me ves es el ojo con el que yo te veo”. Echavarría hace de esta paradoja una metáfora:

[...]

(Todos engendramos nuestros lazarillos).

Vedlo

vendiendo luz a los que pasan

[...]

el ciego les perdona a los hombres no verlo,

mientras sigue buscando sus pupilas caídas

entre el polvo de estrellas sin distancia.

[Ved]

Esta poesía de la mirada (“Yo, que tanto miré, no veré nada”) es una exploración que se va enfocando en el lenguaje y sus límites. Poesía de introspección e introversión. Autorreflexión, dentro de la obra, sobre su propia esencia.

POÉTICA

—¿Qué es poesía? —preguntas.

Hago luz y —discreta

y sorprendida— huye

la poesía: ¡esa sombra!

La palabra en Rogelio Echavarría es fundamentalmente errante, intenta estar siempre en ese camino que conduce del afuera al adentro y viceversa. La palabra de

Echavarría está siempre de salida y de entrada en ese vagabundeo por la soledad del ser, simbolizada en la ciudad mítica, irreal, casi fantasmagórica. En este ir y venir se encontrará definitivamente.

CITACIÓN

*Te espero en el lugar
común llamado amor
o en la fosa común
llamada olvido.*

El resultado de este buceo por la ciudad interiorizada termina en un laconismo tan profundamente pronunciado que casi raya en la mudez. Absorto en su cotidiana investigación, mezclado con los ruidos del mundo, Echavarría se expresa con el menor número de palabras posible, en un lenguaje contenido sin énfasis alguno. Es la poesía entendida ya como ese *decir sin decir*, silencio elocuente, música callada, logos silenciado.

BIOGRAFÍA

*Ayer, sueño.
Hoy, recuerdo.
¿Cuándo realidad?*

El lenguaje, pues, será la última estación del transeúnte. Paradójicamente en un discurso humilde y desnudo, ajeno a las pretensiones del encantamiento sonoro y el brillo verbal. Esta lírica lleva al paseante-lector hasta un ejercicio de ascesis verbal, en un solitario ejercicio interior.

OTRA MAÑANA

*La ducha tibia, la afeitada lenta,
la ropa limpia y el café fragante,
el diario fresco, la ventana abierta...*

*El cuarto del hotel lleno de ausencias
y en el espejo infiel máscaras frías.*

*Igual a todos y distinto a todos
y distinto a mí mismo cada día.*

Ejercicios de ascesis en medio de los ritmos de la urbe moderna. Poemas con carácter de apuntes de viaje, ritmos encontrados al bajar una escalera, subir a un bus, atravesar una avenida. Echavarría encuentra en medio de estos gestos momentáneos y fugaces de la ciudad al inmóvil paseante (poeta itinerante), emblema del hombre contemporáneo, movedizo pasajero del mundo que no afinca. El poeta Darío Jaramillo ha expresado lo esencial de la poesía de Rogelio Echavarría así: “Es un poeta original en la poesía colombiana porque fue el primero que abrió los ojos a la poesía de lo cotidiano y de la ciudad [...] es el precursor de una vertiente que incorporó sin pudores el mundo circundante y la autobiografía al poema”⁶.

6. Darío Jaramillo, palabras en el homenaje que la Universidad de Antioquia ofreció —en los martes del Paraninfo— a Rogelio Echavarría el 8 de noviembre de 1983.

ARTISTA

*El sombrero de copa
y la almilla
rota.*



“El transeúnte de la Avenida Jiménez de Quesada” (fotografía del periodista chileno Jaime Vargas Celis).



El poeta Ciro Mendía con Álvaro Monroy Caicedo, Rogelio Echavarría y Darío Montoya frente a la Casa del Greco en Toledo.

Transeúnte: dicese de la persona que va de paso. Paseante, que reside transitoriamente en un sitio, que vaga. Peatón, caminante, viajero. “Todos los males del hombre vienen de no saber quedarse en casa”, afirma Pascal. Para el transeúnte, según Manuel Mejía Vallejo, los caminos sólo tienen tres puntas: “la de salir, la de llegar y la de extraviarse”⁷.

EL TRANSEÚNTE

*Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.
O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo,
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.
Bajo sus ojos —que miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos—
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.
Son un largo gemido
todas las calles que conozco.*

7. Manuel Mejía Vallejo, palabras que precedieron una lectura de Rogelio Echavarría en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín el 31 de agosto de 1984.



El poeta en un rincón de su biblioteca (fotografía de Juan Fernando Echavarría).

El paseante de Echavarría sabe que a partir de determinado punto no hay regreso, pero que es preciso alcanzar ese punto:

*El río de mi vida corre al revés
[...]
—el río sabe su camino
aun en la oscuridad—
y me pierdo sin regreso.
[Contravía]*

¿Cuál es el fin supremo de este viajero? El poeta lo intuye en el instante vertical: “El fin supremo del viajero es no saber a dónde va”.

*[...]
¿qué soy sino —por fin— el que viaja con otros
que no saben de dónde vienen
más que evacuados de una mujer,
ni a dónde van
si no a ocupar el sitio que su sombra señala?
[Tránsito]*

DECLARACIÓN DE AMOR

Lacónico y económico, este lenguaje intenta “dibujar, con rara intensidad, una imagen de nuestra vida y de nuestro tiempo, a cuyo trasluz adivinamos esa ardiente experiencia de lo real que sólo nos llega a ofrecer, soñando y al mismo tiempo no soñando”. Así define Fernando Charry Lara esta poesía. Actitud sólo comparable a la de los antiguos místicos que vivían en la paradoja de *decir lo indecible* (el “indecible sollozo de Dios” del maestro Eckart) y comunicar lo incommunicable. Usaban así un reducido número de vocablos para expresar la visión.

FINAL

¿De suerte que este instante es la vida?

*(El tiempo lucha
gota a gota
contra la seca eternidad).*

*La luz se extingue inútil
como un sueño que nunca se recuerda.*

En nuestro medio suele creerse que la profundidad filosófica en un poeta va acompañada de esterilidad emocional. En un gran poeta como Echavarría, tal parecer es erróneo. Allí donde la razón constructora ha elevado poderosas y visionarias estructuras, ha estado presente un sentimiento, individual o colectivo, que obra como una chispa alumbradora. Las obras didácticas o filosóficas, así sean escritas en verso, si carecen de esa vislumbre no pertenecen en modo alguno al reino de la poesía. Rogelio Echavarría está lejos de ser un poeta frío, carente de fuego emocional y exento de delirio, pese a su parquedad.

ACERTIJO

*Me despierta en la noche
algo que golpetea.
¿Es el reloj o el grifo?
¿Es el tiempo que aceza,
la muerte que bosteza
o sangre que gotea?*

Así, en acertijos se va resolviendo en otro orden la efusión romántica. Una emoción del pensamiento anula los delirios pirotécnicos de su poesía amorosa. Una emoción controlada acompaña esta *Declaración de amor*. Si existe algún tipo de pirotecnia en esta serie de poemas eróticos, podríamos afirmar que es metafísica. Su emoción acompaña a un sentimiento del universo que aspira descubrir la relación última entre los hombres y las cosas. En el eros encuentra Echavarría los límites del ser, el sentido de la muerte y el principio de la vida.

[...]

*Cuando en las noches caen las altas torres
y trabajan sonámbulos los lejanos correos
con sus manos que buscan el lugar del reposo,
te encuentro en mí, trocados los cuerpos transparentes
y plenos de nosotros mismos en carne y hueso,
te encuentro en mí y tú en tu ser me hallas,
me palpas y me acunas y me das alimento
y quiero que no mueras para no despertarme.
[El sueño]*

Estos hermosos cantos de amor que, según el crítico y poeta Juan Manuel Roca, “están entre los más bellos que se hayan escrito en la poesía colombiana”, proceden de un lenguaje excepcionalmente concentrado, compuesto únicamente de ese pequeño número de palabras que son necesarias para expresar la más alta y profunda poesía. El esfuerzo de Echavarría por emplear sólo las palabras estrictamente necesarias lo lleva a hacer una poesía amorosa que encierra en sí misma la definición de lo poético.



Rogelio Echavarría recibe el primer Premio al mejor comentarista bibliográfico de 1978 de manos del presidente de la Cámara Colombiana del Libro, Jorge Guerrero. Aparecen también Gastón de Bedout y Luis David Peña, presidente del C.P.B.

*Mírame: yo soy el que ves a la orilla de tu lecho
y con quien habrás de rasgar el velo que cubre los sueños.
Soy el diseminado, que tiene en ti el último centro.
Busco una soledad que prolongue la mía.
[...]
No temas seguir buscándome, ya que sabes
que cuando se me toca no es posible apresarme.
[...]
[Declaración de amor]*

Que esto tenga o no que ver con lo que se ha llamado *art pur* o un *ars poetica* es cosa que puede dejarse a los historiadores. Esta altísima poesía amorosa se expresa en unidades de intuición. Cada texto está cifrado en estrofas de pensamiento, seguidillas de aforismos, volúmenes de sentencias. Esto lo hace aparecer ciertamente exótico en el panorama de nuestra poesía amorosa. Poemas eróticos donde lo filosófico está en estado puro, pensar primigenio que anula todo sentimentalismo y que intenta universalizar la pasión particular. En última instancia, Rogelio Echavarría en sus “poemas de amor” lo que intenta es desnudar nuestro conocimiento más íntimo. Escribe sobre el cuerpo de una mujer que es a su vez el cuerpo del mundo y del poema.

*Oh tú a quien siempre hablo cuando todo ha dejado de oírme,
cuando todos han dejado de oírme, oh tú que me oyes más que mi
[corazón.
No sé por qué te busco siempre, tal vez porque eres la unidad
de todas y sin embargo en ninguna te alcanzo.
[...]
[Única]*

No hay que ir muy lejos para encontrar como centro de referencia en la poética de Rogelio Echavarría la voz de Aurelio Arturo, sin lugar a dudas su gran maestro y amigo. De allí viene ese “suave acento, esa calmada voz, ese sosegado discurrir lírico” del que hablara Luis Vidales.

El profesor Armando Romero da en el blanco cuando ubica dentro de las claves generales de su estilo lo que denominara el propio Luis Vidales como *el simultaneísmo*⁸; y que no es más que la belleza convulsiva: choque de imágenes contradictorias (moderna concepción de la imagen), aprisionamiento y libertad de la forma, precisión y cierto coloquialismo en el lenguaje, sobriedad e indiferencia en el poema, alternancia entre un poema breve y uno de largo aliento. En esta dialéctica radica el encanto de su poesía. Son textos para rescatar, reelaborar y releer: eros verbal. En estos “poemas de amor” están los ecos de Robert Desnos y Paul Eluard, ecos que llegarían más tarde hasta el mismo Jorge Gaitán Durán (el erotismo llevado hasta los límites de la muerte). Erotismo como aprobación de la vida hasta la muerte. Acto amoroso como plenitud y destrucción. Pasajes de lo continuo a lo discontinuo y viceversa: vértigo fascinante.

MUERTE REITERADA

Cesó mi eternidad: mi hijo ha muerto.
Rogelio Echavarría

En medio del caos de la gran ciudad, el transeúnte intuye en estos gestos confesionales los crecientes vínculos de parentesco con todo cuanto lo rodea: un incontenible amor, una solidaridad invasora imponen su dominio ante la indiferencia de la masa. El paseante intuye también el avance totalizador de la muerte como soledad y anonimato.

[...]
*La muerte es la otra cara
de la nada
(pálida en su mudez,
o, como un nacimiento,
ensangrentada)*
[Póstumo]

Las fuerzas centrípetas de un texto como *El transeúnte* impulsan al sujeto de la masa anónima a un intimismo autobiográfico. La ciudad no es el mundo circundante, la ciudad se convierte en el emblema del hombre mismo. Éste hace cesar la discontinuidad individual de trashumante en la continuidad moribunda de la urbe.

[...]
*Sin embargo, yo trato de ponerme al día
con los prosaicos ruidos de la casa,
armando la agenda de mis afanes,
mis deudas y deberes,
asuntos insalvables, la derrota
del viaje y ya en la calle
la jornada sedienta.*
[...]
[Amanecer]

Este largo poema que es *El transeúnte*, compuesto en su versión definitiva por setenta textos, va pasando en un remonte del preambular al transitar para desembocar en una *Muerte reiterada*. En esta paulatina caída que es el vagar por la ciu-

8. Armando Romero, *Las palabras están en situación*, Procultura, Bogotá, 1985, pág. 160.



El ex presidente Belisario Betancur, presidente de la directiva de la Casa Silva entrega a Rogelio Echavarría el Premio Nacional de Poesía José Asunción Silva 2002.

dad, la muerte es el único vuelo sin obstáculos. La muerte —profana o sacra— como regresión a lo amorfo, a lo larval, en alucinada desintegración⁹.

[...]

*Mas cuando al fin nos toque la esperada sorpresa
de la muerte, a quien tanto burlamos cada día
en un juego sin reglas, en un secreto juego
de azar, agradezcamos mil noches y una noche
que Dios dejó en las manos de la indolente suerte.*

[*Mortal sobrevivencia*]

9. "Para José Manuel Arango, la muerte —la Pelona— con su figura teatral, farsesca y festiva, es un icono popular retomado desde Tomás Carrasquilla hasta Jaime Jaramillo Escobar en *Aproximación a la muerte*. Esta tradición también llega a Rogelio Echavarría con un humor más delgado". En *El transeúnte*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1994.

10. Para Rogelio Echavarría el término "diseminado" deriva de "semen" como conjunción.

Rogelio Echavarría comunica ese caos sin armonizar que es la gran ciudad y extrema el grado de entropía en la imagen estética que es la muerte. Los poemas que enuncian la desintegración ("soy el diseminado") están amalgamados en construcciones verbales eficaces¹⁰. La orquestación sonora, la concertación rítmica se condensan en la última parte del poemario, mediante un alto tenor de aliteraciones:

*Con mi mañosa lentitud
engaño a todos, no a la muerte.*



Rogelio Echavarría con María Mercedes Carranza y Manuel Mejía Vallejo en el Séptimo Encuentro de la Palabra en Riosucio.

*¿Qué prisa tengo para ver
abiertos ojos, ciega muerte?*

*Cien pasos doy de para atrás
pero la muerte los advierte
[...]
[Muerte reiterada]*

Rogelio Echavarría alterna poemas versificados con prosas poemáticas. Esbozos veloces, sincopados, comunican un ritmo de poeta itinerante, sensible al estímulo geográfico del melancólico turista, del ente nómada. El discurso en el poema *Muerte reiterada* es fragmentado en aforismos, cada dístico funciona como un axioma, lanza sus dictámenes necrológicos contra la superstición cristiana de la muerte. Inusuales, desmesuradas, cada sentencia provoca un encadenamiento progresivo de trastocamientos que se generalizan, cada vez más extensivos, hasta alcanzar la última instancia: el extrañamiento poético.

En el texto *Muerte reiterada* el poeta extrema sus arbitrariedades, acicatea la imaginación, “galvaniza al lector”, invade el poema con una turbulencia metafórica. Siempre desbordante, hay en Echavarría un afán de salir del ego, de transponer las limitaciones del yo (“el ídolo de todo hombre es su ego”), de romper las restricciones corporales y psíquicas, de disgregarse y esparcirse por el cosmos de la gran ciudad:

*[...]
Toda muerte que no es la
mía es sólo simulacro.*

*La tierra gira bajo mis
pies pero el cuerpo no lo siente*

*mas cuando caiga muerto irá
quieto y veloz en su corriente.
[Muerte reiterada]*

La agudeza verbal ya no es llave retórica sino la propia estructura interna del poema, y no se propone transmitir la percepción metafísica sino provocarla. Detrás, al margen, sobre, por debajo, es decir, entre los intersticios de lo cotidiano, Rogelio Echavarría muestra la otra circunstancia, la realidad perfectamente visible, pero pocas veces percibida. Cada verso está estructurado como un sitio para que desde allí la percepción ocurra.

*Mis hermanos murieron
de golpe
de siniestro
mas yo muero de muerte
verdadera: de cansancio
y olvido.
[...]
[Hora llegada]*

NOTICIA DEL PASEANTE

Rogelio Echavarría nació en 1926, en Santa Rosa de Osos, un pueblo antioqueño cuna de otros dos poetas ilustres: Porfirio Barba Jacob y Darío Jaramillo. Sus antepasados vascos fueron todos mineros y arrieros. Comenzó a escribir desde niño, a los diez años, motivado por “la soledad y la orfandad”¹¹. A los quince años inició en la radio y en un diario de Medellín su carrera de periodista profesional de toda su vida, que culminó con cuarenta años en la “gran prensa de Bogotá” (diez años en El Espectador y treinta en El Tiempo como subjefe de redacción, subeditor, columnista y comentarista cultural). Fundador y editor del semanario Sucesos, de Bogotá (1956-1962). “Un ser invisible —afirma Darío Jaramillo— que redacta noticias hace treinta y cinco años pero que nunca ha sido noticia”.

Si no soy conocido no es por falta de oportunidades. Hace muchos años que colaboro en forma anónima en los órganos a los cuales deben su mayor divulgación los nombres que constituyen la cultura colombiana. Pero ello me ha exorcizado, hasta cierto punto, contra el pecado capital de la publicidad. Es que pienso que el poeta no debe, él mismo, “darse a conocer”. Si lo que hace vale la pena ya vendrán el conocimiento y reconocimiento. Y si no... ¿para qué?¹²

Gonzalo Arango, en entrevista a Rogelio Echavarría, criticó este duro ejercicio del periodismo asumido por el poeta:

Los amigos de Rogelio Echavarría no le perdonan su devota dedicación al periodismo, al que ha consagrado sus últimos diez años de vida, por eso su voz ha sido herida de muerte, o al menos de silencio. Algunos se lo reprochan implacablemente a riesgo de ofenderlo, para que retome su voz, para que continúe su viaje de eterno transeúnte por el mundo de la poesía. Sí, unánimemente todos deseamos la resurrección de su voz, que contamos entre las más bellas y vivas de la poesía colombiana actual.

11. Los poemas de infancia y adolescencia serán próximamente publicados gracias a la gestión de Darío Jaramillo.

12. César Tiempo, *op. cit.*, pág. 94.

*Empezando por la generación nadaísta, que ve en él un honroso compañero de viaje, de antes de nosotros, pero adelante con los mejores de nosotros*¹³.

Rogelio Echavarría pertenece a esa larga tradición de poetas periodistas con la sangre alquitranada en las redacciones. Fueron hombres de imprenta, poetas de las dimensiones de Walt Whitman, Eugenio Montale, Miguel Otero Silva, Antonio Requeni. A la crítica lanzada por Gonzalo Arango, el poeta responde:

Soy periodista de tiempo completo. Es mi “modus vivendi” que, a cambio de mi libertad de movimiento —soy un transeúnte varado— me ha proporcionado una ventana privilegiada para observar el desfile de mis semejantes. Considero al periodismo como un bello y eficaz servicio social. Pero para el filósofo y para el poeta no hay como un periódico para conocer la miseria humana en todo su esplendor.

*Entré al periodismo por vocación literaria, en una época en que realmente el periodismo era escrito por escritores. Pero bien pronto descubrí que el periodismo nada tiene que ver, y aun es opuesto a la labor literaria. La lucha es mortal, y en ella la poesía tiene la peor parte. “Tuércele el cuello al cisne, o si no, no podrás ser periodista” me dijo un día el director de El Espectador. Así lo hice, y sobreviví gracias a la prosa. ¡Pero cuánto debo a este quehacer antipoético! Así entendí cuál es la diferencia. Porque el periodismo es rico en muchas otras enseñanzas: por un lado la experiencia vital y social, el pulso de los acontecimientos, de la vida de nuestros contemporáneos, el espectáculo humano —generalmente decepcionante—, el proceso cultural y político... Por otra, la profundización en la eficacia del lenguaje, el aquilatamiento de un cierto estilo, la concentración y ahorro de palabras. Tal vez mi especialización en hacer títulos, en reducir largos artículos en pocas palabras, me haya ayudado —o perjudicado— y me haya convertido en un telegrafista, seco y poco inspirado. Pero prefiero eso al blablablá seudoliterario*¹⁴.

13. Gonzalo Arango, en la revista Cromos, Bogotá, 4 de julio de 1966.

14. César Tiempo, *op. cit.*, pág. 97.